

FRANZ HINKELAMMERT Y LA CUESTIÓN DEL DESARROLLO: FUNDAMENTOS DE UNA CRÍTICA LATINOAMERICANA DE LA MODERNIDAD¹

Adolfo Albornoz²

Resumen/ *Abstract*

El año 2023, en Costa Rica, a los noventa y dos años, murió Franz Hinkelammert, economista, filósofo y teólogo de origen alemán. Para su vasta trayectoria intelectual fue decisiva la primera década que vivió en América Latina, específicamente en Chile, entre 1963 y 1973, país del que debió salir tras el Golpe de Estado. En Santiago, Hinkelammert se relacionó con discursos y prácticas del Desarrollismo Cepalino, intervino en debates y proyectos que impulsaron la Teoría de la Dependencia y participó en diálogos y acciones que animaron la Teología de la Liberación. Estas experiencias teóricas y políticas lo acompañaron durante más de medio siglo de trabajo intelectual a partir de la especificidad latinoamericana. Este artículo, enfocado en la cuestión del desarrollo, propone una breve reconstrucción sociohistórica del campo intelectual sesentista chileno y latinoamericano donde Hinkelammert activamente participó, entrecruzada con material testimonial proveniente de entrevistas inéditas con el célebre pensador. El objetivo es situar su trascendente obra en el canon de la crítica latinoamericana de la modernidad, conectando la labor temprana de Hinkelammert con corrientes actuales del pensamiento crítico latinoamericano.

Palabras clave

Economía Política, Sociología Latinoamericana, Guerra Fría, Golpe de Estado en Chile, Crítica de la Modernidad, Transmodernidad

FRANZ HINKELAMMERT AND THE MATTER OF DEVELOPMENT: FOUNDATIONS OF A LATIN AMERICAN CRITIQUE OF MODERNITY

¹ Una versión preliminar de este artículo fue presentada como ponencia en el I Congreso Internacional sobre Pensamiento Crítico Latinoamericano, realizado en noviembre del año 2023 en la Universidad Academia de Humanismo Cristiano, en Santiago, Chile.

² Chileno, Universidad Austral de Chile, Correo electrónico: adolfo.albornoz@uach.cl

Abstract

In 2023, in Costa Rica, at ninety-two years of age, German economist, philosopher, and theologian Franz Hinkelammert died. In his vast intellectual trajectory, it was decisive the first decade he lived in Latin America, specifically in Chile, between 1963 and 1973, country he had to leave after the Coup d'état. In Santiago, Hinkelammert related to the discourses and practices of CEPAL's developmentalism, he intervened in the debates and projects that promoted Dependency Theory, and he participated in the dialogues and actions that started Liberation Theology. These theoretical and political experiences accompanied Hinkelammert for more than half a century of intellectual work based on Latin American specificity. This article, focusing on the matter of development, proposes a brief sociohistorical reconstruction of the intellectual field of the sixties in Chile and the region, in which Hinkelammert actively participated, entangled with testimonial material originated in unpublished interviews with this prominent thinker. The goal is to put his transcendent work in the canon of the Latin American critique of Modernity, connecting Hinkelammert's early work with current trends of Latin American Critical Thought.

Keywords

Political Economy, Latin American Sociology, Cold War, Coup d'état in Chile, Critique of Modernity, Transmodernity

Introducción

El 16 de julio del año 2023, en San José, Costa Rica, a los noventa y dos años, murió Franz Hinkelammert, economista, filósofo y teólogo, a quien otra figura igualmente enorme del trabajo intelectual en América Latina, Enrique Dussel –fallecido pocos meses después, casi a la misma edad–, no dudó en valorar como “el más grande pensador crítico latinoamericano contemporáneo” (Dussel y Colmenares, 2023, p. 19).

El 2023, Hinkelammert, nacido en Alemania, cumplía seis décadas en América Latina, adonde llegó en 1963. Para su vasta trayectoria y producción fue decisiva su primera década en nuestro continente, específicamente en Chile, donde vivió hasta 1973. Tras el Golpe de Estado con el que militares y civiles derrocaron el gobierno democrático y constitucional encabezado por el presidente Salvador Allende, proyecto político popular con el cual Hinkelammert tuvo un fuerte compromiso, se refugió en la Embajada de Alemania y pronto partió a una suerte de paradójico exilio a su país natal. Luego de una breve estancia en Berlín, regresó a Latinoamérica, esta vez a Costa Rica.

Tras formarse en Alemania Occidental y doctorarse en economía con el sello anticomunista de la Guerra Fría, Hinkelammert había arribado a América Latina en medio de la determinante discusión sobre el desarrollo alentada por la CEPAL, cuando la FLACSO fomentaba decisivamente las ciencias sociales en el continente. Durante diez años de trabajo en Santiago, con base en la Pontificia Universidad Católica de Chile –y con activos vínculos con otras instituciones–, Hinkelammert se relacionó con científicos sociales afines al desarrollismo justo cuando comenzaban la revisión crítica de este paradigmático proyecto regional cepalino. Intervino en debates y proyectos que dieron forma a la Teoría de la Dependencia. Y formó parte de discusiones y acciones que impulsaron la Teología de la Liberación. Cada una de estas experiencias teóricas y políticas, reelaboraciones mediante, lo acompañó durante más de medio siglo de labor intelectual enlazada con la especificidad latinoamericana, manteniendo siempre en perspectiva algunos de los más urgentes problemas del continente.

De esta impronta, Hinkelammert dejó sistemática constancia. Por ejemplo: en sus primeros trabajos de resonancia, donde cuestiona el concepto hegemónico y eurocéntrico de subdesarrollo, como hace en *Dialéctica del desarrollo desigual* (1970); en sus obras de madurez y mayor reconocimiento, comprometidas con la emancipación de individuos y comunidades dependientes y oprimidas, como ocurre en *Crítica de la razón utópica* (1984) y *El sujeto y la ley* (2003); y en sus últimas producciones, donde insiste en el humanismo de la praxis como proyecto de liberación, como hace en *Totalitarismo del mercado* (2018) y *La crítica de las ideologías frente a la crítica de la religión* (2021). En estos y muchos otros trabajos, los ecos del Chile de los sesenta y setenta aparecen recursivamente desde la discusión categorial hasta la recuperación de la memoria, en especial en función de la centralidad que el sujeto y la vida tienen en su reflexión crítica.³

En el presente trabajo, entonces, enfatizo específicamente la cuestión del desarrollo para delinear una breve reconstrucción sociohistórica del campo intelectual científico-social chileno y latinoamericano durante los largos años sesenta –signado por disputas sobre el desarrollo, la dependencia y la liberación, conectadas por la idea de revolución–, en el que Hinkelammert activamente participó. Y la entrecruzo con relatos testimoniales originados en entrevistas (hasta ahora inéditas) realizadas con el célebre pensador. El objetivo es revisar algunos de los atributos que sitúan su trascendente obra en el canon de la crítica latinoamericana de la modernidad, enfatizando conexiones entre su labor temprana y corrientes actuales del pensamiento crítico latinoamericano.

De paso, en el plano teórico-metodológico, exploro el rendimiento del diálogo entre una mirada macro (sociología de la cultura, historia intelectual) y un prisma micro (enfoque biográfico, historia de vida). Luego, en el horizonte heurístico-axiológico, aunque procuro un homenaje a un entrañable maestro recientemente fallecido, no pretendo un ejercicio de culto a la personalidad o celebración de una genialidad particular –aunque los méritos de Franz son gigantescos–; busco, en cambio, valorar su singular proyecto intelectual, en el que

³ Para una mirada con énfasis en la divulgación para público general de la trayectoria y el pensamiento de este prominente intelectual, véase el documental *Sunday School with Franz Hinkelammert* (Finn, 2012).

resuena una heterogénea producción colectiva, como una expresión ejemplar de pensamiento crítico transmoderno, por lo tanto, situado y dialógico.

La cuestión del desarrollo: teoría, política y testimonio

Según Eduardo Devés (2000; 2003), entre otros, el devenir intelectual del siglo XX latinoamericano se estructura en términos de una fase anterior y una posterior a la creación, en 1948, de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), con sede en Santiago, Chile.

Con las secuelas de la crisis económica de 1929, los estragos de la Segunda Guerra Mundial y el inicio de la Guerra Fría como trasfondo, la CEPAL –adscrita a la ONU–, en especial por obra de su figura fundacional protagónica, Raúl Prebisch, autor de *El desarrollo económico de la América Latina y algunos de sus principales problemas* (1949), una especie de manifiesto cepalino, junto a investigadores como Aníbal Pinto (1953; 1959), Celso Furtado (1956; 1959) y otros, amalgamó una reflexión histórico-estructural economicista, favorable al desarrollo industrializador y la modernización societal, que tuvo un profundo impacto en la academia y la política latinoamericanas durante la segunda mitad del siglo XX, particularmente sobre las generaciones emergentes.

En una dimensión paralela de la historia del siglo XX, refiriendo al nazismo y la guerra como marcos para su infancia en Alemania, más de setenta años después, Franz Hinkelammert reflexionaría:

Recuerdo poco del nazismo. Yo era pequeño. Vivíamos en las afueras de Herdford, un pueblo provinciano y campesino. Veíamos como desde lejos lo que ocurría. Tengo pocas imágenes, pero fuertes, del nazismo. Recuerdo amigos del colegio que fueron obligados a llevar la estrella de David. De pronto no los vimos más. Recuerdo ir a la estación de ferrocarriles, ver trenes llenos de personas y no entender lo que pasaba. Recuerdo una horrible canción antisemita que un día llegué cantando a casa. Mi padre dijo: “cuidado, Franz”, y me explicó su significado. Esas imágenes no te abandonan. Pero sólo años

después pudimos darles verdadero sentido, cuando vino la revelación del horror.

Recuerdo más de la guerra. Los ataques aéreos destruyeron partes de mi ciudad varias veces. Los bombardeos aéreos me han perseguido en sueños toda la vida. Son inhumanos, siempre son contra víctimas inocentes. Siempre van acompañados de la hipocresía del daño colateral. Lo vi en Chile, en el bombardeo de La Moneda. Lo hemos visto muchas veces en Medio Oriente, los Balcanes y tantos otros lugares. Me rebelo contra eso. No acepto que destruir la vida sea un daño colateral.⁴

Coincidiendo con el inicio de la Guerra Fría, la instalación del cepalismo como nueva red intelectual hegemónica en Latinoamérica y del desarrollo como nuevo concepto dominante conllevó significativas transformaciones en el campo de las ideas. La más trascendente fue la institucionalización y disciplinamiento, junto con la regionalización e internacionalización, de las ciencias sociales latinoamericanas, cuyo ethos fue perfilado por el desarrollismo y problemáticas afines. Como afirman Hélgio Trindade (2007) y otros, al revisar las “modalidades de trabajo y de reflexión” (p. 23) que preceden el afianzamiento de la sociología, la antropología y la ciencia política en la región, es evidente que “las contribuciones de los economistas estructuralistas, poderosa corriente desarrollada en Chile por economistas de diversas nacionalidades, miembros de la Comisión Económica para América Latina (CEPAL); será[n] una importantísima fuente de inspiración para investigadores en la mayor parte de nuestros países” (Trindade, 2007, p. 28).

Por su parte, sobre la posguerra como contexto para su juventud y formación académica y sobre su propio encuentro con las ciencias sociales y las humanidades, Hinkelammert explica:

⁴ Todos los fragmentos testimoniales provienen de entrevistas realizadas con Franz Hinkelammert en su casa, en San José, Costa Rica, durante el primer semestre del año 2016, y de sesiones del Coloquio de Investigación que paralelamente él impartía en el Doctorado en Estudios de la Sociedad y la Cultura, en la Universidad de Costa Rica.

Cuando terminó la guerra yo era muy joven para el ejército. Me salvé por poco: tenía catorce años y a los quince nos llevaban al frente. Un amigo, compañero de curso, murió a los quince años, poco antes de la capitulación. Soy de la generación de los que no fuimos reclutados para la guerra y, como pasaron varios años sin que Alemania tuviera ejército, tampoco hicimos el servicio militar. Nos formamos con un pensamiento más libre que el habitual para Alemania.

El despertar del país y el rechazo que nos produjo lo ocurrido, coincidió con mi momento de la vida cuando uno empieza a estar intelectualmente despierto. Tener una posición y argumentarla era una exigencia. Entonces, pasados los quince años, comencé a leer todo lo que llegaba a mis manos. Además, tras la guerra, mientras vivíamos la ocupación —en mi pueblo se instalaron tropas estadounidenses—, se reorganizaron los diferentes partidos políticos: demócratacristianos, comunistas y otros. Me acerqué a reuniones y fui conociendo distintas visiones.

Terminé el colegio y entré a un noviciado de jesuitas. Quería ser teólogo. Estuve un año. Fue una buena experiencia, pero exigían una disciplina militar que me era imposible. En 1950 entré a la universidad a estudiar economía. Me seguían interesando la teología y la filosofía, pero mi padre —quien era profesor de primaria, pero se había doctorado con una tesis sobre los impactos sociales del alcoholismo; era católico de misa diaria, pero se sentía cercano a la socialdemocracia y leía a Marx— me dijo: “si te interesan esas materias, tienes que estudiar economía para entender el fondo de lo que ocurre”. Me convenció. Tuve suerte. Durante toda mi vida, mi trabajo ha tenido algo de filosofía y teología, pero con base en la economía. Como el sistema universitario alemán era muy libre, pasé los cursos obligatorios de economía y completé mi formación estudiando filosofía, literatura, derecho y arte. Empecé en Friburgo, seguí en Hamburgo y terminé en Münster, en 1955.

En América Latina, luego de que en 1948 entró en funcionamiento la CEPAL, la UNESCO impulsó la creación, en 1957, de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales

(FLACSO). Le siguieron el Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía (CELADE), también en 1957, el Instituto Latinoamericano y del Caribe de Planificación Económica y Social (ILPES), en 1962, ambos amparados por la CEPAL, y el Instituto Latinoamericano de Doctrina y Estudios Sociales (ILADES), creado por el Consejo Episcopal Latinoamericano, en 1965, entre otras entidades emplazadas en Santiago de Chile. Aquí mismo se instalaron oficinas regionales de varias agencias de la ONU, como UNESCO, FAO, OIT y UNICEF. Así se formó una densa red institucional que determinó la discusión, diseño e implementación de políticas públicas en América Latina.

Paralelamente, tras la fundación, en 1950, de la Asociación Latinoamericana de Sociología (ALAS) –primera en su tipo en el mundo–, nacieron o maduraron por todo el continente unidades académicas para la docencia e investigación en sociología, antropología, ciencia política, administración pública y otras. Muchas se coordinaron mediante el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO), creado en 1967, también por iniciativa de la UNESCO. De ellas surgieron los nuevos y futuros líderes y cuadros directivos de América Latina, quienes tendieron a completar su formación o desarrollar su profesión en las oficinas centrales de las instituciones regionales mencionadas o en los órganos nacionales correspondientes. En este sentido, Rolando Franco (2007) reconoce que “ILPES y CEPAL se convirtieron en un empleador (selectivo) de egresados de la FLACSO” (p. 35) y que “el ILPES tendrá especial importancia en la formación de personal de los gobiernos latinoamericanos” (p. 34), mientras que Ricardo Bielschowsky (1998) agrega que “la modernización de las tecnoburocracias latinoamericanas se benefició mucho del trabajo de la CEPAL y del ILPES en ese período” (p. 32).

En relación con la génesis de su concurrente tránsito desde el panorama académico europeo al escenario intelectual latinoamericano, Hinkelammert recuerda:

Tras licenciarme en Münster, obtuve una beca en la Universidad Libre de Berlín, en el Instituto sobre Europa Oriental, que contaba con auspicios de la Fundación Ford y empresarios alemanes. Obviamente, querían formar luchadores contra el comunismo. Pero para esto se empezaba por estudiar a

fondo a Marx y su tradición. *El capital* lo estudiábamos un año completo. También trabajábamos bastante la teoría del imperialismo de Lenin. Me interesó la Economía Política e hice mi tesis sobre la industrialización soviética. Así empecé a conocer el problema del desarrollo y a descubrir la relación entre economía e ideología. Intuía que la planificación soviética y la competencia capitalista compartían una teología, ambas suponían un progreso lineal mistificado. Mientras más estudiaba la teoría neoclásica, me parecía más llena de metafísica. Todo esto, teniendo ya la experiencia del impacto concreto de los discursos ideológicos en las sociedades latinoamericanas, lo recuperé años después en el libro *Crítica de la razón utópica*, que publiqué en 1984.

Muchos de mis compañeros en el Instituto sobre Europa Oriental se hicieron funcionarios públicos y algunos se unieron al servicio secreto. A mí nada de eso me interesaba. Terminé el doctorado en 1961 y empecé a correr la voz: si alguien sabía de una posibilidad en América Latina, me interesaba. Era un sueño que tenía desde niño, cuando leí sobre Bolívar y después sobre la conquista y colonización ibérica. La destrucción de Tenochtitlan me marcó. También leí a Neruda y fui construyéndome la idea de un mundo oprimido, pero mágico. Por otra parte, sentía mucho rechazo por lo que hizo Alemania; no quería vivir allá.

Afortunadamente, en 1963 me llamaron desde la Fundación Adenauer, cercana a la Democracia Cristiana, que era un partido muy diferente al que es hoy y al que hace varias décadas conocemos con el mismo nombre. Antes tenía un compromiso humanista y un programa transformador. Yo no era demócratacristiano, pero conocía la Doctrina Social de la Iglesia, me interesaba la teología y había estudiado en un instituto crítico del comunismo, así que les parecí un buen candidato para ir a Chile.

En Latinoamérica, la cuestión desarrollista catapultada por la CEPAL alentó una relación simbiótica, inédita en la historia del continente, entre academia y política como campos autónomos, pero articulados, en especial mediante la idea de planificación. Esta categoría

clave del pensamiento cepalino traducía la voluntad por conocer científicamente la realidad social para poder transformarla. Y asignaba al Estado el rol protagónico en la modernización de la sociedad porque se entendía que las condiciones socioeconómicas históricamente reproducidas –algunas desde la colonia temprana– no podían ser estructuralmente modificadas sólo por la dinámica de mercado. A propósito del vínculo entre saber, poder y ciencias sociales, Trindade (2007) y otros argumentan:

El recorrido hecho por las CS [ciencias sociales] de América Latina estuvo siempre fuertemente ligado al análisis de los problemas concretos –macro o micro, según los períodos y países–, así como a la voluntad de los científicos sociales de incidir sobre dichos problemas. Ello propició casi siempre una mayor incidencia relativa en la academia de los niveles ideológicos del discurso, así como una tendencia a una importante vinculación –afirmativa o contestataria– del trabajo de las CS y sus cultivadores con la política, los partidos y los gobiernos.

[...Esto] ha sido en realidad una constante de las ciencias sociales occidentales modernas desde su nacimiento. Y ello sin desmedro de la consolidación de su carácter de CS con capacidad de análisis teórico-empírico diferenciado de la filosofía de la historia y del ensayismo más o menos erudito (p. 21).

Sobre su imbricada inserción en la labor académica y el quehacer político en Chile durante el primer lustro de los años sesenta, Hinkelammert explica:

Llegué a Santiago en 1963, contratado por dos años. Me quedé diez. Llegué como especialista en planificación y cooperación. Entré a las escuelas de Sociología y Economía de la Universidad Católica de Chile. Tenía dos cátedras: Sociología Económica y Cooperativismo. De inmediato también trabajé en el Centro para el Desarrollo Económico y Social de América Latina (DESAL), que dirigía un jesuita, Roger Vekemans, una institución pequeña, pero muy influyente en la política chilena y continental. Vekemans me presentó a la intelectualidad con la que tenía estrechas relaciones. Pronto, en

1964, la Democracia Cristiana ganó las elecciones. Llegó al gobierno el Presidente Frei. Personas que yo conocía en el DESAL y en la Católica entraron al gobierno y así me fui acercando a la política chilena.

También estuve en el Instituto Latinoamericano de Doctrina y Estudios Sociales (ILADES), de los jesuitas, donde estudiaban personas de muchos países de Latinoamérica. Y trabajé en el Instituto de Formación y Estudios Políticos (IDEP), que dirigía Jaime Castillo Velasco, de la Democracia Cristiana. O sea, también participé en espacios de formación afuera de la universidad: hice muchos cursos de formación para nuevos cuadros políticos y de formación sindical.

Un par de años después llegó desde Alemania Norbert Lechner, también enviado por la Fundación Adenauer y con él pasó algo parecido. Vino a la universidad, además estuvo en la oficina que yo dirigía y participó mucho en el IDEP. Fue una de mis grandes amistades durante toda la vida. Nos interesaban temas distintos, pero armamos un grupo de discusión que sirvió para mucho trabajo que después cada uno hizo. El desarrollo y la modernización, ya en ese tiempo a él le interesaban por el lado de la crítica de la razón política y a mí por la crítica de la razón utópica y mítica.

La ambiciosa agenda desarrollista articuló novedosas conceptualizaciones, como heterogeneidad estructural; nuevas problemáticas, como industrialización, urbanización y reforma agraria; y novedosas estrategias, como sustitución de importaciones e integración regional. Fueron aunadas, aun siendo discutidas, por una reflexión con perspectiva planetaria sobre las relaciones centro-periferia en general y la condición periférica de América Latina en particular, entendida como el producto de una estructura relacional históricamente determinada, que conlleva un específico modo de inserción internacional y un particular tipo de estructuración interna que constituyen en sí mismos obstáculos para el desarrollo.

Esta compleja operación respondió a la sospecha sobre la pertinencia para Latinoamérica de teorizaciones foráneas con pretensión de objetividad y validez universal, como la Teoría del Desarrollo en su versión liberal tradicional, de inspiración smithsiana y ricardiana, que, con

la división internacional del trabajo y las ventajas comparativas como fundamentos, promovía el modelo primario exportador como estrategia de crecimiento para América Latina. Para Prebisch y otros, en cambio, había que apostar –reelaborando parte del legado keynesiano– por políticas modernizadoras originales y localizadas de mediano y largo, como la industrialización. Esta necesitaba ser empalmada con una transformación de la estructura productiva para reorientarla hacia la sustitución de importaciones, para así enfrentar el deterioro de los términos de intercambio. Y requería ser apuntalada por un sistema de integración regional y acompañada por otros cambios estructurales, como reforma agraria, urbanización y acceso a la educación, necesarios para que el crecimiento económico no deviniera disfuncional. Para Prebisch y compañía, en las condiciones dadas de subordinación productiva y dependencia económica dentro del mercado internacional, los obstáculos para el desarrollo se reproducían como efecto del propio crecimiento económico del continente (un indicador supuestamente objetivo de bienestar), que redundaba en tendencias perversas como el desequilibrio de las cuentas fiscales y la inflación.

En relación con el impacto de este complejo devenir teórico sobre la intensa praxis política de la época, Hinkelammert argumenta:

Cuando aumentó el debate sobre el desarrollo y cómo alcanzarlo, se dividió la Democracia Cristiana chilena. Su gobierno, que se declaraba como una “revolución en libertad”, era desarrollista, pero sólo reformista y desde esta perspectiva llevó adelante transformaciones como la Reforma Agraria. De la división nació el partido al que me uní: el MAPU [Movimiento de Acción Popular Unitaria], que estaba más inspirado por la Teoría de la Dependencia y asumía más la Doctrina Social de la Iglesia. El MAPU –lo mismo pasó con otro partido nuevo: la Izquierda Cristiana– se sumó a la Unidad Popular y apoyó al Presidente Allende, mientras que la Democracia Cristiana se fue haciendo más conservadora. Por supuesto, hubo excepciones importantes dentro del partido. Radomiro Tomic, el candidato presidencial demócratacristiano en 1970, tras su derrota no dudó en legitimar el triunfo de Allende para que el congreso también lo reconociera. Tomic era un importante

intelectual. A mí me impresionó mucho su forma de entender a Locke y la retomé años después para un trabajo mío.

Cuando me fui de la Democracia Cristiana, también tuve que salir de la Fundación Adenauer y desvincularme del IDEP; también me sacaron del ILADES. Me concentré en la Universidad Católica, en el Centro de Estudios de la Realidad Nacional (CEREN), que ayudé a fundar, con Jacques Chonchol como director hasta que Allende lo nombró Ministro de Agricultura y le encargó la Reforma Agraria. En el CEREN me acerqué definitivamente a la Teología de la Liberación. Conversé mucho con Gustavo Gutiérrez, quien pasaba bastante tiempo en Chile durante esos años.

En el CEREN publicamos los *Cuadernos de la Realidad Nacional*, una revista que en pocos años llegó a ser importante. En 1970, en un número especial, con un equipo de investigación publicamos los primeros resultados que después trabajé en el libro *Dialéctica del desarrollo desigual*. Queríamos pensar un desarrollo posible en condiciones de dependencia, queríamos alimentar el proyecto de la Unidad Popular. Ese libro resume mucho de lo que estudié, aprendí e hice en Chile. A diferencia de André Gunder Frank, quien veía el mayor problema en el intercambio desigual, para mí era fundamental la diferencia tecnológica. Discutíamos, pero nos llevábamos muy bien.

En definitiva, para la intelectualidad inicialmente cercana a los discursos y prácticas de la CEPAL, se hizo cada día más evidente –incluso de manera radical– que la especificidad socioeconómica latinoamericana, históricamente condicionada por la estructura global de centros y periferias, exigía una teorización original o al menos propia, como había sugerido el mismo Prebisch. Sobre esta convicción, Bielschowsky (1998) señala:

En otras disciplinas de las ciencias sociales, como la lingüística y la antropología, donde se origina el “estructuralismo”, éste correspondió típicamente a un instrumental metodológico sincrónico o ahistórico. En cambio, en el análisis económico cepalino el estructuralismo es esencialmente un enfoque orientado por la búsqueda de relaciones diacrónicas, históricas y

comparativas, que se presta más al método “inductivo” que a una “heurística positiva”. De ahí provienen los fundamentos esenciales para la construcción teórica del análisis histórico comparativo de la CEPAL: las estructuras subdesarrolladas de la periferia latinoamericana condicionan –más que determinan– comportamientos específicos, de trayectorias desconocidas a priori. Por tal motivo, merecen y exigen estudios y análisis en los que la teoría económica con el sello de la universalidad sólo puede emplearse con reservas, para poder incorporar esas especificidades históricas y regionales. En otras palabras, el enfoque histórico-estructuralista cepalino implica un método de producción del conocimiento muy atento al comportamiento de los agentes sociales y a la trayectoria de las instituciones, que se aproxima más a un proceso inductivo que a los enfoques abstracto-deductivos tradicionales. [...En definitiva,] No se trataba de comparar el subdesarrollo periférico con la historia pretérita de las economías centrales, como quería Rostow, sino de identificar los desdoblamientos históricos singulares de la especificidad de sus experiencias, en los que cabía esperar secuencias y resultados distintos de los que se dieron en el desarrollo céntrico (pp. 14-15, 16).

Por su parte, en función de la creatividad que signó la labor intelectual durante los largos años sesenta latinoamericanos, Hinkelammert evoca:

En Chile vivimos una época fabulosa, de actividad y creatividad como pocas veces se dan: una combinación fantástica entre lo teórico y lo político, lo artístico y lo social. Las calles estaban vivas. La producción intelectual era popular. Había mucho diálogo, perspectivas diferentes, muchos extranjeros. El trabajo intelectual era realmente una producción colectiva. Había convicción de que la realidad podía ser cambiada. Había rebeldía. Y estaba alimentada por un humanismo secular muy extendido. Así se llegó a ese proyecto de socialismo que no era Socialismo con mayúscula; era pequeño, autóctono, muy verdadero, “con vino tinto y empanadas”, como decía Allende.

Ante la rebeldía popular, la oligarquía y la derecha acumularon resentimiento y deseo de venganza del pueblo que reclamaba dignidad. Y lo que más había alimentado esa actitud era la ideología, por ejemplo, el profundo rechazo a sólo escuchar hablar de Reforma Agraria.

Por otro lado, Chile se convirtió en un problema geopolítico para Estados Unidos y su influencia regional. Representaba una posibilidad de socialismo democrático que podía propagarse por Latinoamérica. Si Allende no hubiera sido eliminado, su ejemplo habría hecho escuela. Este era el problema de fondo, no era económico, era ideológico. La Doctrina de Seguridad Nacional también fue un invento ideológico.

Recapitulando, sobre la centralidad de la cuestión del desarrollo, Franco (2007) indica:

La originalidad latinoamericana es que utiliza teorías de otro origen para analizar temas que, siendo irrelevantes en los lugares donde la teoría se origina, son de primordial importancia en el lugar donde se las recibe. Así, el “desarrollo” carecía de importancia para el funcionalismo norteamericano. Esto demuestra que se recurre a dicha teoría porque es la disponible, y se la adapta para tratar de explicar los temas que interesaban aquí (p. 22).

Hinkelammert, por su parte, meditando sobre las implicancias de haber puesto el desarrollo como eje del trabajo intelectual latinoamericano, concluye:

En tiempos del Estado Desarrollista, en Latinoamérica hubo casos con relativo éxito y, es verdad, varios con menos logros. En todos los casos, el Estado Nacional, mediante la planificación, invertía y estimulaba la inversión privada con fines nacionales, pensando en infraestructura, salud, educación y jubilación, es decir, lo fundamental. Lo importante es que, incluso cuando las políticas de desarrollo no funcionan bien, el modelo contiene la posibilidad para que los sujetos actuemos para que funcione mejor. Por cierto, sin teorías sobre la intervención de los mercados no habría sido posible la recuperación

de Europa tras la Segunda Guerra Mundial. Para mí, esto era el Estado de Desarrollo. Obviamente, lo relaciono con la utopía, es decir, como condición de posibilidad de lo posible.

En América Latina, para que estos proyectos transformadores tuvieran alguna posibilidad, necesariamente debían ser cuestionadores del imperio, de su ideología. Porque, para justificar su acción, el imperio siempre invoca un falso humanismo en nombre del cual masacra –antes muchas veces somete y explota. Ocurría entonces y sigue pasando hoy con Estados Unidos cuando dice que interviene para proteger la democracia. Lo mismo hizo Europa cuando justificó la colonización diciendo que estaban salvando a los salvajes de la barbarie. Y pasó en Chile con el Golpe de Estado para supuestamente liberar al país del comunismo. Desde entonces, desde el bombardeo de La Moneda, tenemos un modelo global de Estado de Seguridad que vigila el libre tráfico de mercancías y divisas y actúa contra las personas que se rebelan para sobrevivir.

Conclusión

El ciclo intelectual desarrollista con origen en la CEPAL empezó como un proyecto paradigmáticamente moderno, comprometido con la razón y el progreso, que entendió el crecimiento material como criterio de verdad. Sin embargo, la atención dada a la especificidad latinoamericana, empezando por el entramado socioeconómico forjado en tiempos coloniales y su gravitación sobre el presente y futuro del continente, al evidenciar la necesidad de un marco interpretativo original o al menos propio para la condición periférica latinoamericana, gradualmente alejó la reflexión continental sobre el desarrollo de la versión eurocéntrica de la modernidad. Así tomó forma el método histórico-estructural cepalino –a continuación radicalizado por la Teoría de la Dependencia–. Este, por su análisis de tendencias de mediano y largo plazo con perspectiva centro-periferia, lo considero un antecedente afín al enfoque de Larga Duración y la perspectiva de Sistema-Mundo que sustentan la actual crítica decolonial iniciada por Aníbal Quijano (1992; 2000), luego de haber sido él también un relevante cepalista y dependentista.

A propósito de su fecundo encuentro con el campo intelectual desarrollista latinoamericano, donde Franz Hinkelammert comenzó a experimentar una suerte de “desprendimiento decolonial”, el célebre pensador reflexiona:

Para mí fue una experiencia fantástica llegar a Chile sin mayores antecedentes sobre lo que iba a encontrar. Tuve que pensarlo todo de nuevo. Al comienzo, investigaba y enseñaba en América Latina, pero mi cabeza y mi discurso todavía no estaban aquí. Pasaron varios años hasta que mis publicaciones fueron verdaderamente pensadas y escritas desde Latinoamérica.

El subdesarrollo era una problemática nueva para mí. Yo había estudiado la Unión Soviética como un caso de industrialización en un país semidesarrollado. Pero las preguntas que en América Latina se hacían sobre la planificación del desarrollo eran muy diferentes. Entonces, los seminarios que yo daba, las reuniones y conversaciones que tenía en la universidad y afuera, me abrieron otras perspectivas, me permitieron ver desarrollos teóricos impensables en Europa.

No viví sólo un giro intelectual, también fue personal. Me puse en contacto con nuevas personas, nuevas realidades y, por supuesto, me fui involucrando en lo que pasaba. En resumen, terminé de formarme intelectual y políticamente en Chile. Antes, en Alemania, era sólo un joven investigador. En Chile, aunque siempre estuve en la universidad, dejé de ser sólo un académico y me convertí, por decirlo así, en un intelectual orgánico, un activista.

Lo que hoy podríamos identificar como el Programa Latinoamericano de Investigación sobre Desarrollo/Subdesarrollo inaugurado por la CEPAL, posibilitó que el (sub)desarrollo de América Latina, que Hinkelammert conceptualizó como “desarrollo desigual”, dejara de ser visto como un efecto de la inserción históricamente parcial (como sugieren Stein y Stein, 1970) o sociológicamente deficiente (como propone Rostow, 1960) de América Latina en la modernidad y comenzara a ser entendido como una plena y varias veces centenaria participación periférica-dependiente en la dimensión nuclear del proyecto moderno: el

sistema capitalista. El discurso sobre el desarrollo desigual, al demostrar que los países centrales y periféricos, imperiales y coloniales, desarrollados y subdesarrollados son, desde el siglo XVI, espacios sincrónicamente constituyentes del Sistema Mundo Moderno, rebatió un mito central del eurocentrismo: el etapismo. Y demostró que la versión canónicamente intraeuropea del trayecto hacia la modernidad es sólo un relato particular que por su posición históricamente dominante actualiza pretensiones universales. Así, me parece, la reflexión latinoamericana sobre el desarrollo anticipó diagnósticos periféricos contemporáneos como la “modernidad desbordada” de Arjun Appadurai (1996) y agendas como “provincializar Europa” de Dipesh Chakrabarty (2000), ambos provenientes del actual sur global.

En definitiva, con su distanciamiento crítico, la Teoría Latinoamericana del Desarrollo, evidentemente, no pretendió situarse afuera del proyecto moderno, sino argumentar que debe ser pensado, porque así es vivido, de manera diferente desde su exterioridad. Desde mi perspectiva, entonces, repensar la modernidad desde América Latina y el enfoque del desarrollo periférico conllevó, a la luz del pensamiento crítico latinoamericano actual – aunque en su momento no podía ser expresado en los mismos términos–, una posibilidad, quizás tímida, pero real, para comenzar a pensar y hablar sobre “mundos y conocimientos de otro modo” (Escobar, 2003). A la vez, la reflexión inaugurada por la CEPAL, al demostrar que el bienestar de Europa es deudor al menos parcialmente de su relación con las periferias, abrió el camino para develar, desde América Latina, la dimensión sacrificial de una modernidad que en América Latina –y en general en las periferias– expresa su “otra cara”. Pienso que esta crítica latinoamericanista sesentista encuentra continuidad en el pensamiento continental transmoderno y decolonial de hoy cuando aborda “el mito de la Modernidad” y “el lado más oscuro del Renacimiento”, como hacen Enrique Dussel (1992) y Walter Mignolo (1995) en sus respectivas críticas de la modernidad, con quienes Franz Hinkelammert largamente dialogó.

Referencias bibliográficas

Appadurai, A. ([1996] 2001). *La modernidad desbordada: dimensiones culturales de la globalización*. FCE.

Bielschowsky, R. (Ed.). (1998). *Cincuenta años de pensamiento en la CEPAL: textos seleccionados*. FCE.

Chakrabarty, D. ([2000] 2008). *Al margen de Europa: pensamiento poscolonial y diferencia histórica*. Tusquets.

Devés, E. (2000). *El pensamiento latinoamericano en el siglo XX. Tomo I: del Ariel de Rodó a la CEPAL (1900-1950)*. Biblos.

Devés, E. (2003). *El pensamiento latinoamericano en el siglo XX. Tomo II: desde la CEPAL al neoliberalismo (1950-1990)*. Biblos.

Dussel, E. ([1992] 1994). *1492: el encubrimiento del otro. Hacia el origen del “mito de la modernidad”*. Plural.

Dussel, E. y Colmenares, K. (2023, 7 de agosto). Franz Hinkelammert: hacia un nuevo humanismo. *La Jornada*, 19.

Escobar, A. (2003). Mundos y conocimientos de otro modo: el programa de investigación de modernidad/colonialidad latinoamericano. *Tabula Rasa*, 1, 51-86.

Finn, J. (Dir.). (2012). *Sunday School with Franz Hinkelammert* [Documental]. s/i.

Franco, R. (2007). *La FLACSO clásica (1957-1973): vicisitudes de las ciencias sociales latinoamericanas*. Catalonia.

Furtado, C. (1956). *Uma economia dependente*. Ministério de Educacao e Cultura.

Furtado, C. ([1959] 1962). *Formación económica de Brasil*. FCE.

Hinkelammert, F. (1970). *Dialéctica del desarrollo desigual*. Amorrortu.

Hinkelammert, F. (1984). *Crítica de la razón utópica*. DEI.

Hinkelammert, F. (2003). *El sujeto y la ley: el retorno del sujeto reprimido*. UNA.

Hinkelammert, F. (2018). *Totalitarismo del mercado: el mercado capitalista como ser supremo*. Akal.

Hinkelammert, F. (2021). *La crítica de las ideologías frente a la crítica de la religión: volver a Marx trascendiéndolo*. CLACSO.

Mignolo, W. ([1992] 2016). *El lado más oscuro del Renacimiento: alfabetización, territorialidad y colonización*. Universidad del Cauca.

Pinto, A. (1953). *Hacia nuestra independencia económica*. Del Pacífico.

Pinto, A. ([1959] 1996). *Chile, un caso de desarrollo frustrado*. USACH.

Prebisch, R. ([1949] 1986). El desarrollo económico de la América Latina y algunos de sus principales problemas. *Desarrollo Económico*, 26/103, 479-502.

Quijano, A. (1992). Colonialidad y modernidad-razionalidad. *Perú Indígena*, 13/29, 11-20.

Quijano, A. (2000). Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina. En E. Lander (comp.), *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas* (pp. 201-246). CLACSO.

Rostow, W. W. ([1960] 1963). *Las etapas del crecimiento económico: un manifiesto no comunista*. FCE.

Stein, S. y Stein, B. ([1970] 1993). *La herencia colonial de América Latina*. Siglo XXI.

Trindade, H. (Coord.). (2007). *Las ciencias sociales en América Latina en perspectiva comparada*. Siglo XXI.